



LOS ESTADOS UNIDOS ANTE LA REVOLUCION DE LA NUEVA EUROPA

Joaquín ROY

1992 iba a resultar una fecha más significativa que la tolerada por los escépticos ante los planes de integración europea o los reacios a las conmemoraciones históricas. Como la fatídica cita del año 1000 temida por los europeos del Medioevo, los norteamericanos parecía que esperaban el fin del orbe, al menos como antes se conocía. En 1992 no solamente se celebrarán los Juegos Olímpicos en Barcelona, la Exposición Universal en Sevilla, y el aniversario de Colón servirá para que los políticos norteamericanos exploten la fecha tanto para regocijo de sus votantes hispanos como de los italianos. Sin embargo, resulta ahora que para el primero de enero de 1993 no solamente se preveía una Europa más unida, sino que desde noviembre de 1989 es ya potencialmente más amplia y compleja. Es un nuevo universo que representa un desafío inédito para la percepción norteamericana.

La Revolución de 1989

La percepción y las reacciones norteamericanas ante los radicales acontecimientos europeos pueden dividirse fundamentalmente en tres

etapas, nítidamente distinguibles, aunque con ramificaciones comunes:

1. Durante los últimos años del mandato de Reagan se observaba con cautela el con-

senso europeo que culminaría con el acuerdo para cumplir en 1992 con las directrices del Acta Unica acordada en 1986. Simultáneamente, también con reservas, se estudiaban los planes de reforma y desarme propuestos por Gorbachov desde 1985. Salvo las investigaciones de los centros especializados de estudio, las preocupaciones del Pentágono acerca de la futura organización de la OTAN o los quebraderos de cabeza que la Europa unida supondría para las compañías norteamericanas, no se observaba un cambio notable de actitud norteamericana hacia Europa, más que la tradicional continuidad.

2. Durante el primer año del gobierno de Bush, la confluencia de los planes de la Comunidad Europea y los cambios revolucionarios en la Europa Oriental tomó por sorpresa tanto a políticos como a analistas. Los analistas políticos de la prensa se apresuraron a comparar la ausencia de acción de Bush con la misma carencia de Kennedy ante la crisis de Berlín. En noviembre se produjo la «Revolución» (la historia decidirá si suprime las comillas) y con ella llegó la concienciación de que se esfumaría el enemigo natural (la Unión Soviética y el Pacto de Varsovia) y que simultáneamente surgiría un entramado europeo mucho más complejo que el concebido por el Acta Unica. El breve encuentro entre Bush y Gorbachov en Malta simbolizó el fin de esta etapa, y también de una época. Si sirve de barómetro, recuérdese que la revista *Time* de 1 de enero del 90 declaró a Gorbachov no solamente «hombre del año» sino «de la

La confluencia de los planes de la CE y los cambios en Europa oriental tomó por sorpresa a políticos y analistas.

década», y lo honró con una portada en la que aparecía su faz con rasgos pétreos.

3. Desde primeros de 1990, sobre todo a raíz de las propuestas radicales del líder soviético en lo que respecta a la transformación del sistema político interno, el imparable proceso de unificación alemana y el reforzamiento de los planes europeos (con la consiguiente preocupación norteamericana), se pasó ya a una tercera fase decisiva en la que el gobierno recibió la presión para actuar, al tiempo que los centros universitarios, intelectuales y de opinión pública se veían obligados a reformar sus percepciones y actitudes. Como más destacable de ser «noticia» en el sentido estricto de la palabra, conviene meditar sobre el hecho históricamente inédito acerca de la conveniencia para los líderes norteamericanos de ayudar a un dirigente soviético. El antiguo asesor de Carter, Zbigniew Brzezinski, recomendaba pensar en maneras de ayudar a que la *perestroika* no fallara. Pero la inacción pareció ser la política a seguir, cuando no la falta de reciprocidad ante las medidas tomadas por los soviéticos: Washington parecía exigir la restauración de los Romanov al trono. Una afortunada metáfora señalaba que el presidente norteamericano se asemejaba a un viajero que siempre llegaba tarde a la estación, cuando el tren ya había salido. Estos acontecimientos provocaron reacciones simultáneas que podrían reducirse a las siguientes:

— los Estados Unidos habían ganado la guerra fría, pero no se sabía cómo celebrar el triunfo;

— un sentimiento de miedo ante lo desconocido se apoderó de los centros de poder y los medios de comunicación;

— se recrudeció la polémica iniciada después de 1914 entre los polos intervencionistas y los aislacionistas, pero esta vez en un contexto diferente, debido al debilitamiento del contrincante secular;

— se descubrió la indefensión americana con respecto a sus conocimientos de la realidad, no solamente presente, sino hipotética.

La historia recuerda que los Estados Unidos se fundaron en unos conceptos luminosos y razonables forjados por mentes ancladas paradójicamente en su origen intelectual, la Ilustración europea. De ahí que colocaran en su enseña las estrellas blancas masónicas, señas de cultura y búsqueda de la felicidad. Luego vieron cómo la estrella roja le hacía la competencia e intentaba atraer las miradas de todos los destituidos del planeta (la mayoría). Pero, mientras Gorbachov reconocía el fracaso y desmontaba el andamio comunista, Washington miraba con aprehensión el ascenso de los doce (o más) astros de color amarillo sobre fondo azul de la Comunidad Europea.

Se palpaba (y se palpa) la preocupación sobre lo que puede representar para los Estados Unidos la construcción de una Europa unida y ampliada al otro lado del Atlántico, mientras en el Pacífico ya Washington tiene que lidiar con otro frente, el del Japón y otros países en vías de convertirse en las fábricas de la civilización postindustrial, como Korea, Singapur, Taiwan y Hong-Kong (aunque esta colonia está en camino de sufrir drástica transformación en 1997), llamados «los cuatro tigres». Agotada la frontera del Oeste, fracasado el destino manifiesto hacia el Sur, dificultoso el regreso a contracorriente del viaje del sol, los Estados Unidos se sienten reticentes y temerosos ante una nueva exploración económica del planeta.

El fin de la guerra fría y la crisis de la historia

Los Estados Unidos ganaron la guerra fría: no es solamente una frase atribuida a George Bush en el crepúsculo del mandato de Reagan, sino la descripción más acertada del proceso político que culminó en no-

viembre de 1989. Margaret Thatcher ya reclamó la victoria en 1988. Pero fue una victoria de las ideas y no de las armas (o del potencial uso de ellas), como tantas veces ha ocurrido en la historia desde que los subversivos y heterodoxos del siglo de las luces se sublimaron en tantas revoluciones malogradas (desde la francesa hasta la cubana, pasando por la soviética y la congelada mexicana). Mientras los golpes de piqueta arañaban el cemento armado de Berlín, un joven abría una lata de cerveza encaramado al muro, y se ofrecían ramilletes de flores a los antes temidos *vopos*, los guardias fronterizos. Los berlineses orientales corrían raudos a los bancos federales para recibir unos marcos con que asaltar los almacenes: la estatua de la libertad que tantos estragos había causado en una plaza pequinesa se había transfigurado curiosamente en una cajera berlinesa.

Tras la borrachera y la estupefacción, en los Estados Unidos se procedió (precipitadamente en los medios de comunicación, lentamente en los medios intelectuales y las universidades, mientras la administración permanecía muda) a la revisión de la historia (cuando no a su embalsamiento) y al análisis de las opciones del futuro. En este contexto se debe hacer una relectura de la polémica suscitada por la publicación del artículo de Francis Fukuyama, titulado «The End of History», (*National Interest*, verano 1989) y su secuela, «Fukuyama replies to his critics» (*National Interest*, invierno 1989/90). Título y expresión hicieron fortuna, sin embargo: «The end of

Se palpa la preocupación sobre lo que puede representar para Estados Unidos la construcción de una Europa unida y ampliada.

Tras la borrachera y la estupefacción, en Estados Unidos se procedió a la revisión de la historia y al análisis de las opciones de futuro.

history?», comenzaba un sesudo editorial del *New York Times*, (29 de diciembre de, 1989). Conviene recordar también que el ensayo de Fukuyama tiene un precedente clásico en el debate de las ideas políticas en los Estados Unidos, del que saldría la adaptación del título *The end of ideology* (1960), de Daniel Bell (se recomienda la lectura del capítulo-apéndice de la última edición de 1988, en el que el autor repasa el impacto y lo que considera incorrectas lecturas de su libro). Sobre el ensayo de Fukuyama, en los medios españoles, se recomienda consultar el suplemento especial de *El País*, subtulado «El triunfo del liberalismo», de 21 de diciembre de 1989. Abierto por la versión castellana de la respuesta de Fukuyama, incluye artículos de Noam Chomsky, Robert Cottrell, Pedro Schwartz, Vicente Urbisondo, Artemio Baigorri y Ludolfo Paramio.

Por una parte, se recordó a los que fueron sacrificados para ganar la última guerra romántica de los Estados Unidos, la que terminó con el lanzamiento de las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki, y con los juicios de Nuremberg. Fue de verdad una guerra santa, pero el reparto de los despojos de Europa tras la victoria de 1945 había empañado el triunfo aliado y la muerte de tantos norteamericanos que no vivieron para contarlo. Por eso, cuando Moscú se rodeó de un anillo protector de satélites y se dispuso a liberar al planeta de los males del capitalismo, los Estados Unidos no pudieron más que empantanarse en una lucha que no tendría vencedores ni vencidos y que será conocida con el eufemismo de «guerra

fría», compuesta por una serie de capítulos calientes cuyos protagonistas serían los aliados de las superpotencias (en Oriente Medio y en Africa), o éstas directamente (en Afganistán y en Vietnam). Mediante la definición de los valores norteamericanos por la simple negación del marxismo, los Estados Unidos habían apostado a la ausencia de ideología como alternativa para ella.

El complejo de culpa misionero

Con la excusa de la amenaza de la hoz y el martillo, se procedió (tergiversando el mensaje de George Kennan, que solamente había propuesto una modesta contención y que ya advirtió acerca de la congénita debilidad de la Unión Soviética) a la caza de brujas del senador Joseph MacCarthy, un episodio vergonzoso que quedará en la historia de los Estados Unidos como un borrón difícil de lavar. Representó la venganza de los conservadores ante lo que percibieron como debilidad de Roosevelt en Yalta, y también para castigarle su osadía con el *New Deal*. En nombre del anticomunismo se apoyaron regímenes europeos impresentables como el griego de los coroneles, el portugués de Salazar y el español del franquismo; en aras de la estrategia mundial o petrolera se hizo la vista gorda ante la dictadura turca, se bendijo la autocracia medieval de toda la zona arábiga, y se jugó con fuego en Irán; finalmente, se toleraron las sucesivas o eternas dictaduras militares o familiares de América Latina, política ya en los 80 legitimada por la doctrina Kirkpatrick, quien embelesó a Ronald Reagan con un artículo antológico, gracias al ridículo con que se retiraba Carter («Dictatorships and double standards», *Commentary*, noviembre 1979).

Cuando ya se ha extendido el certificado de defunción de la doctrina Brézhnev («cuando un país se hace comunista, permanece comunista»), la ideología radical

marxista puesta en práctica se ha enfrentado a su propio fracaso, Washington solamente pudo responder con cautela y mesura. Nobleza obliga.

Los vociferantes creyeron (todavía creen) que había llegado su hora de los cuchillos largos y la venganza de la economía de mercado en su estado puro, pero se enfrentaron a un país con gravísimos problemas internos: un déficit de proporciones galácticas, un creciente desempleo funcional que solamente es paliado por la ampliación de una economía sumergida que incluye el comercio de drogas, y unos enfrentamientos ideológicos (aborto o integración racial) que amenazan con hacer desaparecer por el foro a figuras políticas.

Al sur, donde los partidarios de la contrainsurgencia creyeron un día que las guerrillas urbanas y rurales eran mero apéndice de los apoyos moscovitas y habaneros (y no resultado de la insoportable carencia de justicia social), queda un continente que amenaza con engullirse por migración a los Estados Unidos o diluirse en unos enfrentamientos internos, ahora que la alternativa marxista no es viable. Caída la hoz y enterrado el martillo, la frustración de los destituidos se convertirá en desesperación, como en El Salvador. La utopía de Sendero Luminoso es solamente una muestra. El chantaje del narcotráfico a Colombia es la otra cara de la misma moneda, la derecha. Marx diría hoy, como Ortega y Gasset ante la II República española, que «no es eso, no es eso».

Mientras Bush se reunía con Gorbachov en Malta, el mundo se preguntaba si todo sería diferente al día siguiente. Ni España se levantó republicana el 14 de abril de 1931, ni Marx murió en 1989, ni los rascacielos de Wall Street se agrietaron como el muro de Berlín. Pero había que fundar *un nuevo* orden en Malta. Bush se sentaba con lastre: no quería resbalar pues ya estaba en

Al sur queda un continente que amenaza con engullirse por migración a los Estados Unidos o diluirse en enfrentamientos internos.

campaña para la reelección de 1992. Managua y La Habana estaban en su agenda: cualquier concesión a Gorbachov pasaría por el compromiso de abandonar progresivamente a los sandinistas, vía Fidel, y el beso de la muerte al mismo. Pero jugar estas cartas de poca monta lo dejarían indefenso en el mayor contexto de la libreta de Gorbachov: su concepto de la casa común europea. En el plano ideológico, una finlandización (en mitad de los 80 se aludía también a la «holanditis» y a la «dinamarquización») de Europa equivalía a la descafeinización de la victoria moral lograda en Berlín. A nivel estratégico, una Europa sin tropas norteamericanas siempre será Europa, pero no podía haber nunca una Europa sin tropas soviéticas: son las realidades geográficas. En mayo de 1990, aprovechando su discurso de graduación en la Universidad estatal de Oklahoma, recordaba que los Estados Unidos debían seguir siendo un poder europeo, desde el punto de vista militar. Siempre habrá de contar con el «complejo militar-industrial» (al que tanto temía Eisenhower, después de haberlo generado como un Frankenstein). Senadores y congresistas, que responden no a su partido, sino a sus votantes locales, no le perdonarán el cierre de una sola base o la jubilación de misil alguno.

Mientras los berlineses cruzaban el antes impenetrable muro de Berlín, se procedía a la botadura del nuevo portaviones norteamericano que lleva el nombre de Abraham Lincoln. Fue una semana de coincidencias: el presidente, que tuvo que hacer una guerra

civil para preservar la Unión y oponerse a la esclavitud, al finalizar la contienda, contra las ansias de venganza de algunos de sus colegas, prometió generosidad para todos y malicia para nadie. Resulta paradójico que los dos enemigos viscerales (Japón y Alemania) de los norteamericanos en la II Guerra Mundial, contra los que desencadenaron una guerra sin cuartel hasta que su máquina bélica fue destruída, contra los que implacablemente no cesaron hasta que juzgaron y condenaron a sus culpables líderes, y contra los que lanzaron las únicas bombas atómicas jamás utilizadas contra seres humanos, se convirtieron con el paso del tiempo en los aliados más decididos de los Estados Unidos y también en sus más leales competidores en el arte de los negocios.

En el Japón, la sabiduría de MacArthur (cuando todavía respetaba a Truman) obró el milagro de no provocar las ansias de revancha del vencido. Con la Alemania postrada de 1945, el milagro fue ejercido mediante el Plan Marshall, que en lugar de obligar al derrotado a pagar una deuda im-

posible durante generaciones (aunque se hizo merecedor de un castigo ejemplar) «lo recompensó» con donaciones y créditos, hasta que se convirtió en el mejor cliente y en el mejor amigo. Este aire «misionero» salió a la superficie de nuevo en cuanto a la ayuda de la Europa oriental. Bush propuso el envío de un nuevo Cuerpo de Paz, llamado «Citizens Democracy Corps» (Discurso de la ceremonia de graduación en la Universidad de Carolina del Sur, Columbia, 12 de mayo de 1990).

Nada tiene de extraño, por ejemplo, que el país al que Reagan anteayer llamaba «el imperio diabólico» se convirtiera en objeto de atención y futura misericordia. Quizá solamente se le pida lo que Isabel la Católica exigió a los musulmanes y judíos como condición previa para que se quedaran en la península: la conversión, o sea, el paso a la ideología liberal, la democracia en el sentido amplio de la palabra, el juego que comprende elecciones libres, pluralismo y respeto de opiniones y, sobre todo, la expectativa de alternativa.